

tienen el doble inconveniente de parecer demasiado pesados y dé no permitir á la vista el extenderse por todas las partes de la iglesia; y el elemento vertical está suficientemente demostrado en la primitiva cruz griega, mientras que el elemento horizontal domina en la nave con detrimento del carácter religioso.

“No hablemos de la fachada construída por Carlos Maderna;—añade el maestro Reynaud—con sus pesadas columnas encajadas, las delgadas columnas que flanquean sus puertas, sus tres filas de ventanas, su pobreza de invención, su sequedad de formas y el mal gusto de sus detalles está bajo la presión de toda crítica, y le sería difícil al talento más benévolo encontrar en ella algo que aprobar.”

ESTILO MODERNO.

Propiamente puede decirse que ningún estilo religioso especial, característico, predomina después del empleado en el Renacimiento; antes bien, el que se aplicó á San Pedro, tan pagano y mundanal como es, llegó á ser el tipo en toda la Cristiandad. Casi todas las iglesias de los siglos XVII y XVIII tomaron por modelo á aquella basílica; es decir, la planta en forma de cruz latina; la nave separada de los colaterales por pies derechos rectangulares decorados de pilastras, y descansando sobre ellos un entablamento; la bóveda de cañón con lunetos para dar luz al interior; la cúpula central más ó menos importante, y una capilla de cada lado de las extremidades del crucero.

Pónese como modelo de excelente estilo moderno, el Valde-Grâce de Paris, alzado durante el siglo XVII por los arquitectos Francisco Mansard, Lemercier y Le Muet. Sin embargo, la mayoría de las iglesias de esa arquitectura, no tienen ni la magnificencia ni la grandeza del modelo primitivo; carecen de la magnitud moral y material, y están lejos de poseer carácter religioso y riqueza en la decoración.

Numerosas tentativas se han hecho, empero, para adoptar

disposiciones más convenientes y apropiadas. Algunos han tratado de revivir las construcciones de la Edad Media. ¡Vano intento! Los edificios reflejan, sin duda, la época en que se edifican, y atravesamos por tiempos de verdadera evolución. No pueden, pues, sentarse prescripciones sobre el asunto, tanto más cuanto que en la actualidad privan diferentes gustos y caprichos; pero sí es obligatorio para el arquitecto hallarse empapado en el conocimiento de la Historia del Arte; en la composición de todos los estilos, y escoger de entre ellos el que juzgue más adecuado y racional.

Mr. Reynaud se inclina más á las iglesias de cúpula, que parece anunciar con más grandiosidad de lejos al monumento, que la flecha puntiaguda y enhiesta, pero débil, de las iglesias ojivales.

Difícil y complicado es el punto; pero bien harían nuestros jóvenes arquitectos y estudiantes en consagrarle algunas vigili-
as, que serían muy provechosas para el arte y para la profesión.

ESTILOS RELIGIOSOS EN MÉXICO.

(Rápida ojeada.)

Dominado el opulento Imperio de Moteczuma por la fuerza de la falange española, derribáronse los ensangrentados *teocallis*; rodaron despedazados los ídolos de las tremendas divinidades gentílicas, y presto la cruz humanitaria y redentora brilló del uno al otro confín de las tierras conquistadas. Lenta, empero, tuvo que ser la evolución; pero desde los comienzos de la nueva éra, que en 1519 acababa de inaugurarse para México, se hacía sentir la influencia de España muy especialmente en materia religiosa.

Pasaba también la Metrópoli por el período grandioso del Renacimiento, que lo mismo alzaba en Roma hasta los cielos la inmensa cúpula de San Pedro, que edificaba en España la gigantesca fábrica del Escorial. México debía reflejar cuanto en la Península se hiciese, y pronto adoptó para sus monu-

mentos religiosos el Renacimiento español; la mezcla greco-romana, que ha privado hasta la fecha.

La composición adoptada en nuestras iglesias, es, por tanto, la misma que hemos antes bosquejado; es decir, la planta en forma de cruz latina; la bóveda de cañón penetrada para formar lunetos; la cúpula sobre pechinas ó cimborrio, como solemos llamarle, cubriendo la intersección de los brazos de la cruz. En cuanto á la nave, á veces se la encuentra sola, como se observa en la vasta iglesia de San Francisco de México; algunas con capillas laterales, como en la notable de Santo Domingo, también en México; otras ocasiones con colaterales como en nuestra hermosa Profesa, y finalmente, con colaterales y capillas como es común observar en las catedrales; debiendo observarse que no siempre existe el crucero, aun cuando haya cúpula, como en la iglesia de la Encarnación y otras muchas.

El estilo no nos vino puro: los mismos autores del Renacimiento en Italia se habían contagiado con el barroquismo; y nosotros le seguimos en todos nuestros monumentos alzados á fines del siglo XVI y durante todo el XVII. Pero nada ejerció mayor influencia que la extravagante mano del español Churriguera. Si bien es cierto que, como se ha hecho observar, el estilo creado por aquel arquitecto, además de ser únicamente decorativo, es también religioso, mal se aviene, según nuestra opinión, con el greco-romano de los edificios á los cuales se aplica, y no con sobriedad, antes bien, con gala de profusión. No por esto lo condenamos del todo, ni negamos su singular belleza. Dignas serán siempre de admiración las fachadas de nuestro Sagrario Metropolitano y la de la iglesia de la Santísima, labradas todas en piedra; así como el soberbio altar de los Reyes de la Metropolitana de México y los altares de la Enseñanza, igualmente de México. Pero sí repugna la mezcla escandalosa de estilos tan desemejantes, por más que el de Churriguera en nada afecte á las formas fundamentales de la construcción y sea esencialmente decorativo como antes se dijo.

Período de organización de la colonia, el del siglo XVI, desde el momento de la conquista real, se empleó para echar los cimientos de numerosas iglesias y de alzar los muros de éstas hasta determinada altura; como aconteció con la misma catedral de México; el siglo XVII es de impulso y de prosecución; pero el XVIII es de actividad inusitada, que se propaga en los comienzos de la centuria actual. Dignas son especialmente de nota las catedrales de México y Puebla, y con particular atención la primera, va á ocuparnos en seguida.

Catedral de México.—Derribado el *teocalli* de Huitzilopochtli, se levantó una iglesia que hubo de construirse como provisional, debiendo estar en pésimas condiciones y ser raquítica y miserable para el objeto á que se destinara. Así se comprendió en España; pues por cédula de 26 de Marzo de 1551, se ordenaba que “las dos tercias partes que ha montado este arzobispado, en el tiempo en que ha estado vaco, se gaste en el edificio de la Iglesia cathedral de México; y lo otro se guarde para el perlado;” disposición que no pudo llevarse á cabo como se deseaba. Sin embargo, insistióse en ello, y un año después de expedida la cédula anterior (28 de Agosto de 1552) Felipe II, que á la sazón era Príncipe de Asturias y gobernaba en nombre de su padre el Emperador Carlos V, dictó nuevas disposiciones en cédula de aquella fecha. Tampoco se atendieron las órdenes inmediatamente, por falta de fondos; hasta que el año 1573 se puso la primera piedra del nuevo monumento.

La obra se comenzó bajo la dirección de los maestros Claudio de Arciniega y Juan de Cuenca; continuando después Alonso Pérez de Castañeda, arquitecto de Felipe III. Prosiguiéronse con perseverancia los trabajos, y al cabo de medio siglo, hallábanse concluidos los cimientos,¹ alzados los muros del

1. Para la construcción de los cimientos, convocóse á todos los arquitectos de aquella época, decidiéndose, según sus pareceres, que dichos cimientos se hicieran de la manera siguiente:

“En toda la extensión que debía ocupar el edificio, cavar hasta encontrar

perímetro á más de la mitad de su altura; las paredes transversales de las capillas, los pies derechos de los arcos, algunos hasta los capiteles de las columnas y otros hasta los últimos tercios, y diversos espacios cubiertos de bóveda. Una vez concluida la sacristía mayor, se trasladó el Santísimo á ella, que se encontraba en la catedral antigua; y como ésta era ya inútil, se demolió, quedando el sitio donde se encontraba, de atrio del nuevo templo (año 1626).

Agobiada la ciudad bajo el peso de la inundación de 1629, la obra quedó suspensa durante cerca de seis años, hasta que en 1635 volvieron activamente á emprenderse los trabajos, al grado de que ya en 1664 sólo faltaban tres bóvedas de la nave mayor y cuatro de las menores, y hecha estaba ya parte de la cúpula, de la que se habían concluido las pechinas y cerrado el anillo.

El año 1791 el arquitecto Damián Ortiz casi concluyó las torres, cuyo cuerpo lo habían fabricado Juan Lozano y Juan Serrano. La construcción duró cerca de un siglo; el material empleado fué la cantería, la chiluca y el *tezontle*. El costo general puede calcularse en más de dos y medio millones de pesos.

Describiremos ahora brevemente el edificio.

La planta general tiene la forma de cruz latina, alzándose la construcción en elegante forma piramidal, de Norte á Sur (A este rumbo la fachada principal). El exterior es severo, á pesar de los defectos arquitectónicos de detalle que saltan á la vista. Tiene cuatro fachadas que miran á los tantos vientos cardinales. Compónese la principal de tres puertas arcadas y

el agua. Desde este nivel, formar un estacado muy unido, de una longitud suficiente para poder alcanzar con él al tepetate ó terreno firme, dejando las cabezas de las estacas á un mismo nivel, echando una capa de hormigón de una tercia de espesor muy bien pisoneada y mazeada, y de allí seguir el macizo de mampostería de piedra dura y buena mezcla, hasta llegar al nivel del piso de la Plaza; limitando desde este punto los cimientos á los espesores designados, continuando así hasta el nivel del piso del templo; partiendo de allí las piedras labradas que forman los basamentos de los sostenes aislados y muros. Los peritos que rindieron su informe y en el que estuvieron acordes, fueron: Alvaro Ruiz, Miguel Martínez, Juan de Ibar y Ginés Talaya."

y ornadas con columnas dóricas y jónicas superpuestas, respectivamente. En los ángulos de la fachada se levantan los campanarios ó torres, de base rectangular, sobre un vasto paralelepípedo, y rematando en una bóveda en figura de campana; construcción felicísima que caracteriza á aquellos campanarios haciéndolos especiales entre todos los de su especie.

La parte interior es de orden dórico; la perspectiva muy hermosa; el conjunto severo y con cierta majestuosa grandiosidad. Consta de cinco extensas naves: dos cerradas, en las que se hallan distribuidas trece capillas y la entrada del Sagrario Metropolitano; dos colaterales y la nave mayor ó central. Termina la iglesia al Norte por un ábside exagonal donde está la famosa capilla de los Reyes, de estilo churrigueresco. La nave mayor se halla cubierta por espléndida bóveda de cañón, y los colaterales por platillos, principalmente, sobre pechinas.

En la intersección del crucero se alza la cúpula, coronada por una esbelta linternilla hecha por el ilustre arquitecto D. Manuel Tolsa.

La catedral posee numerosos retablos notabilísimos, entre los cuales deben citarse los churriguerescos. La decoración es pobre; el interior aparece desconsoladoramente desmantelado, y digno es de la más acre censura el abandono en que se encuentra tan soberbio edificio. El pavimento es de madera que, á la fecha (Abril de 1898), se sustituye por otro tan pobre y corriente como el anterior,¹ y causa un efecto detestable.²

1. No podrá ponerse por pretexto para la decoración digna y completa de nuestro primer templo católico, la falta de dinero. El clero sabe bien que cuando quiere, lo tiene en abundancia; verdad que no necesita demostración. Lo que se ha menester es algún espíritu fuerte, emprendedor y de empuje, como el que restauró la Colegiata de Guadalupe y alzó el templo de San Felipe de Jesús en México.

2. Véanse para mayores detalles, la "Reseña Histórica" y el "Bosquejo descriptivo" de la Catedral de México, que incluí en mis *Apuntes de Epigrafía Mexicana*, publicados el año 1894.

Catedral de Puebla—Monumento tan interesante como el anterior, le es contemporáneo; habiendo empezado á levantar sus muros casi al comenzar la segunda mitad del siglo XVI. Sus caracteres fundamentales son del todo idénticos á los de la catedral de México; y las dimensiones son un poco más reducidas. Excede á nuestra iglesia Metropolitana en su pavimento de mármol, en su rica exornación y el exquisito aseo característico de todos los edificios religiosos de la ciudad angélica. Su tabernáculo es obra de Tolsa, y muy artístico; siendo notable la bóveda plana que lo sostiene, bajo la cual se halla una pequeña cripta que guarda los restos de algunos obispos de la diócesis. En nuestro concepto, se ha prodigado el oro más de lo debido, en la decoración general.

“En las dos catedrales—dice un escritor¹—existe la severa grandiosidad de las obras de los Herreras y de los Moras, únicos edificios de la época virreinal hasta la llegada de González Velázquez y de Tolsa, en que hay corrección, sencillez y sobriedad. En los restantes de fines del siglo XVI y del XVII, así religiosos como civiles, domina el barroquismo, con sus proporciones caprichosas, sus perfiles accidentados, sus miembros pesados y ampulosos, sus frontones rotos, sus molduras abundantes, irregulares y toscas, y sin embargo, pintoresco, y en manos de los españoles, de extraordinario carácter.”

OTROS DATOS SOBRE NUESTRA ARQUITECTURA RELIGIOSA.—Al mismo tiempo que los dos monumentos mencionados labraban sus muros, por todas partes de la Nueva España edificábanse conventos é iglesias anexas é ellos. La lentitud con que se fueron construyendo estos edificios en el resto del siglo XVI y en todo el XVII, formó contraste con la rapidez empleada para terminarlos en el XVIII y principios del actual. México y Puebla, especialmente esta última ciudad, se distinguen por el número de edificios religiosos, muchos de ellos verdaderamente magníficos.

1. *El Arte en México*, por el Lic. D. Manuel Revilla; pág. 31.

Uno de los primeros monasterios de la Nueva España fué sin duda el de San Francisco de México, del cual nos ha quedado la vieja iglesia, últimamente consagrada de nuevo al culto católico. Es de una sola nave con crucero y cúpula; y con vasto coro sobre excelente bóveda.

Sin duda alguna le supera, bajo todos conceptos, la espléndida iglesia de Santo Domingo, que estuvo anexa á otro de los mayores conventos de la capital. La fachada es sencilla, de una sola torre; pero destaca su bella arquitectura al costado de una extensa plaza. La nave puede ponerse como ejemplo notable de felices proporciones: es elevada, amplia, vasta y cubierta con bóveda de cañón. Siguiendo la costumbre establecida en las iglesias no catedrales españolas, el coro se halla á los pies de la iglesia; y como el de San Francisco, es igualmente notable. A los lados de la nave hay capillas.

Iglesia digna asimismo de mención, por la forma empleada en algunas de sus bóvedas, es la de la Soledad de Santa Cruz, en la propia ciudad de México.

No pasaremos por alto, la elegante iglesia de la Profesa, cuyo parecido con la Compañía de Puebla es singular.

Fábrica del siglo decimoctavo es el Sagrario Metropolitano de México, anexo á la Catedral. Comenzada en 1749 se dedicó hasta 1768. Su planta es una cruz griega, con nave central y colaterales. Las dos fachadas que ven, respectivamente al Sur (la principal) y al Este, son típicas del churrigueresco: el interior es greco-romano, en su estilo arquitectónico general, muy alterado por los altares donde, por desgracia, no se ha seguido método alguno en los órdenes ó estilos allí empleados.

Llegado á México el distinguido artista Don Manuel Tolsa, entre sus obras descuella la iglesia de Loreto, en la que trató de dar la principal importancia á la cúpula. Con el objeto de que destaque ésta, la fachada es de poca altura, coronada por dos pequeños campanarios. El orden empleado es el dórico. La cúpula consta de un tambor que descansa sobre pechinas, de una media naranja peraltada, y linternilla. Es una de las

más notables de México. El edificio ha sufrido un desplome uniforme muy considerable, hacia el Este.

Numerosísimos ejemplos podríamos seguir citando de iglesias importantes no sólo de México, sino del exterior, como la célebre parroquia de Cholula, el Carmen de Celaya debido á Tres Guerras, etc.; pero ninguna con serias modificaciones en sus caracteres fundamentales; descollando ante todo la cúpula y los altos campanarios, al exterior; y al interior, la nave abovedada en arista ó en cañón, por regla general.

En los tiempos que corren, hay una especie de furor por la restauración. Debe citarse la Colegiata de Guadalupe transformada y agrandada, y que varió completamente su aspecto interior; y la catedral de San Luis Potosí, que, según informes, parece que se restaura por mano inteligente.

El 2 de Agosto de 1886 se colocó solemnemente la primera piedra de la iglesia que se ha consagrado al santo mexicano Fr. Felipe de Jesús, sobre el sitio que en parte ocupó la capilla de Aranzuzu del convento de San Francisco de México. El 5 de Febrero de 1897 se estrenó el edificio, que fué dirigido por el arquitecto D. Emilio Dondé, empleando en la construcción el estilo románico.

En general, puede decirse que, careciendo de ejemplos vivos, sólo estudiando á conciencia los estilos religiosos siquiera teóricamente, nos aventuraremos en la fábrica ó decoración de iglesias. Difícil es acertar en punto que requiere gran costumbre de observar y de ver; razón por la cual son de lamentarse no pocos desaciertos que en el decorado de nuestras iglesias se están llevando á cabo.

La Historia del Arte, auxiliada poderosamente de los principios generales de Construcción práctica, son las bases fundamentales de la Composición arquitectónica; y no dejaremos nunca de recomendar su estudio cuidadoso á nuestros compañeros jóvenes; muy especialmente en lo que se refiere á los estilos religiosos; porque estos ayudan á la composición de otras especies de edificios no menos importantes.

III.—TEMPLOS PROTESTANTES.

Notable es el hecho de que el protestantismo, siendo una secta que tanto se ha difundido, no tenga arquitectura especial, como casi todas las religiones la han tenido. ¿Debe atribuirse á impotencia? Tal punto no nos toca analizar; aun cuando únicamente advertiremos que es extraño en esa religión que se haya apoderado de las formas de la que combate; haciendo revivir, en cierto modo, por medio de sus monumentos, las creencias que repele, y el espíritu contra el que ha obrado. ¿Cuál es, en efecto, el estilo arquitectónico empleado hoy por el protestantismo? El de la Edad Media, especialmente en las naciones donde la secta predomina.

Sin embargo, alguien ha hecho una tentativa en favor del arte protestante, si vale la expresión. Cítanos el maestro Reynaud al arquitecto Jacobo de Brosse, constructor del templo de Charenton, artista que ideó formas especiales, ó mejor dicho, resurgió las formas racionales que los cristianos de los primeros siglos habían consagrado, después de tomarlas de la Roma contemporánea.

El templo de Charenton era una verdadera basílica, recordando especialmente á la de Fano, descrita con prolijidad por Vitrubio. Consistía aquél en una sala rectangular rodeada de pórticos. El pórtico del piso bajo estaba formado de columnas dóricas que abarcaban dos galerías en su altura; encima se levantaba un ático. Este edificio debió haber tenido un aspecto monumental; siendo el estilo empleado muy conveniente. La fábrica fué destruída después de la revocación del célebre Edicto de Nantes, y los dibujos que de ella nos han quedado dejan mucho que desear.

Reynaud critica el monumento de De Brosse; lo cual nos muestra que el problema aún no se resuelve del todo. Parece á Mr. Reynaud conveniente disponer mejor el templo en forma de sala rectangular, en la que una amplia tribuna ocupara el lado opuesto al púlpito; es decir, aquel en el cual se abriera

la principal puerta del edificio. Esta tribuna podría cubrir del todo á un vestíbulo que se destacara á lo largo de toda la fachada, y destinado á poner el interior al abrigo del frío y del bullicio del exterior. Los asientos se dispondrían de suerte que la persona que ocupase el púlpito pudiese ser vista y oída por todos lados, como en los anfiteatros, que adelante veremos. Daríase luz á la sala por ventanas abiertas en cada lado, y á profusión. Las formas serían sencillas, distinguidas, y sobre todo, eminentemente racionales. La decoración, tranquila, sobria, viril; el carácter dominante, la dignidad y serenidad absoluta.

III.—MONUMENTOS HONORÍFICOS.

I.—ARCOS DE TRIUNFO, COLUMNAS Y ESTATUAS.

Los arcos de triunfo son de institución romana. En los primeros tiempos de la República, la puerta de la ciudad bajo la que pasaba el triunfador, se decoraba con guirnaldas, con emblemas de victoria y con trofeos de armas arrancadas al enemigo. Estas puertas eran monumentos de alta importancia, sólidamente contruídos, y tratados con no poco lujo. Algunas veces no constaban más que de una sola arcada, como se ve aún en Volterra, Perusa y Nimes. Cuando la actividad de la circulación pareció exigirlo, presentaron entonces dos claros de las mismas dimensiones: uno, para la entrada; el otro para la salida. En algunos dispusiéronse tránsitos de menor anchura hacia los lados del principal, destinados á los peatones. Defendíanse también estas puertas, hacia afuera, por torres cilíndricas comunicadas por una galería construída sobre la misma puerta. Ora esta galería se hallaba herméticamente cerrada al exterior, como se ve en la puerta de Nimes; ora abierta por una ó varias arcadas formando especies de troneiras, tal como se observa en las puertas antiguas de Perusa, Rimini y Autun. En estas dos últimas, las arcadas son numerosas, elevadas y decoradas con pilastras corintias.

Fácil es juzgar de cómo debió establecerse la exornación provisional de estos monumentos. Se nota desde luego, dónde podían colocarse los objetos decorativos; y reconócese que la galería superior debía estar cubierta por la inscripción honorífica, los trofeos y las representaciones simbólicas.

Más tarde, construcciones especiales mejor apropiadas á su objeto, levantáronse al paso del séquito triunfal, en las intersecciones de los caminos ó al comienzo de un puente. Recordaban sin duda las disposiciones primitivas; pero hubieron de alejarse de ellas en algunos puntos. No admitían más que una arcada grande, acompañada ó no de otras más pequeñas; debiendo estar liberalmente dispuestas para recibir una decoración característica. Ejecutadas en madera, apenas sobrevivían á las solemnidades que las habían hecho construir. Pero bien pronto se trató de perpetuar los recuerdos de los triunfos, y la piedra, el mármol y el bronce se encargaron de reproducir en estilo monumental, y de hacerlas pasar á la posteridad, las formas consagradas por esas construcciones efímeras.

Queda en pie gran número de arcos de triunfo alzados por los romanos. Entre los más notables se cuentan: el de Tito en Roma, de Trajano en Benevento y Ancona, de Augusto en Rimini y en Pola, y de San Remi en Francia; todos de una sola arcada. De tres arcadas, son dignos de nota: los de Septimio Severo y de Constantino en Roma, y el de Mario en Orange.

En todos estos monumentos, los pies derechos están decorados de columnas empotradas ó en saliente, que descansan sobre un pedestal relativamente muy elevado; el entablamento resalta sobre las columnas cuando están del todo desprendidas: y sostiene entonces sobre cada una de ellas, estatuas ó figuras emblemáticas, que rematan felizmente y parecen motivar esta rica y vigorosa ornamentación. Un ático destinado á recibir la leyenda conmemorativa, alzóse encima del entablamento. La estatua en bronce, del triunfador, de pie sobre un carro tirado por cuatro ó seis corceles, coronaba con frecuencia el edificio.